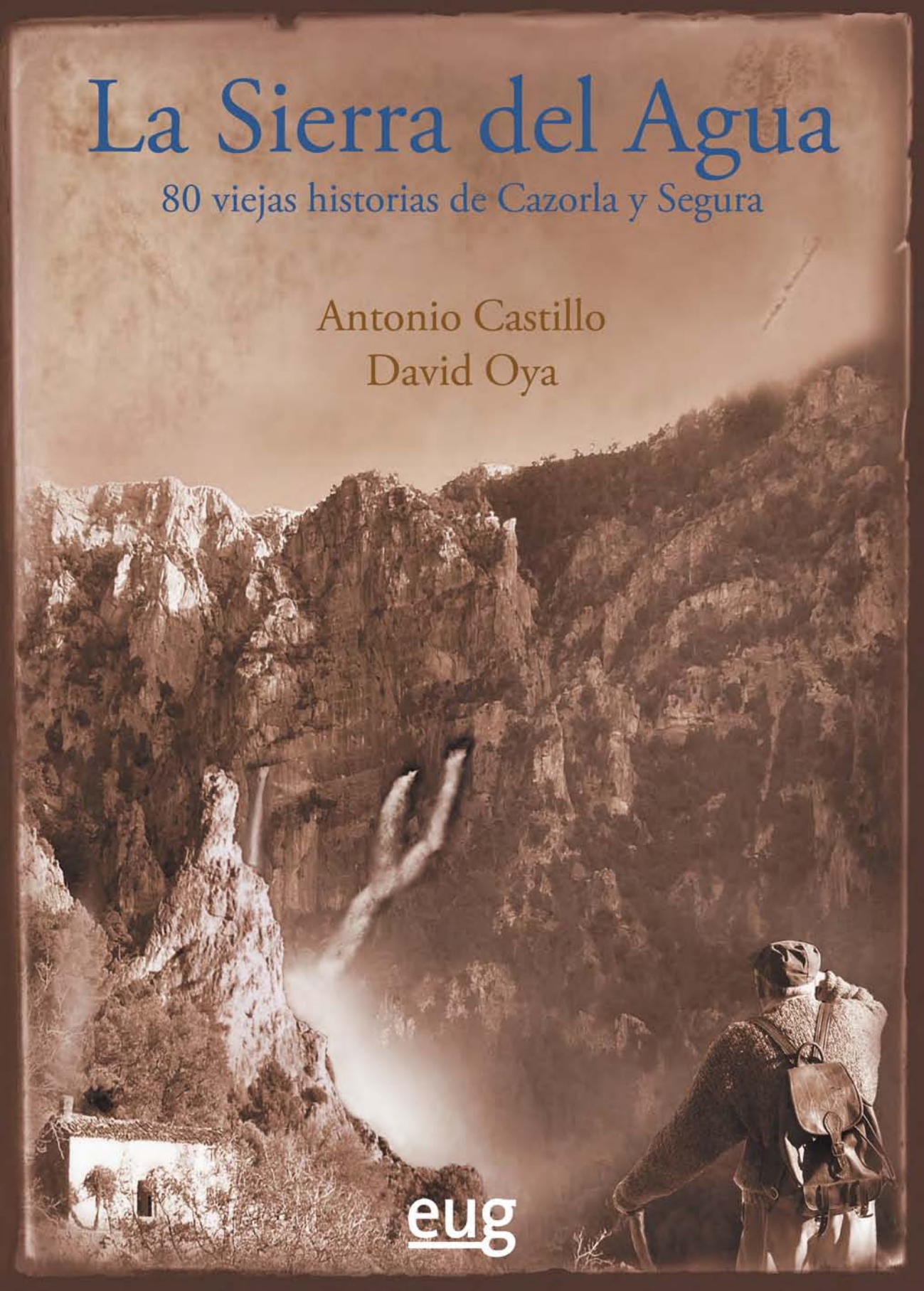


# La Sierra del Agua

80 viejas historias de Cazorla y Segura

Antonio Castillo

David Oya



eug

CASTILLO, A. (2012)

"Los corzos de la fuente de las habichuelas, en la Fresnedilla del Aguamula"

En: "La Sierra del Agua: 80 viejas historias de Cazorla y Segura". ISBN: 978-84-338-5415-5.

Editorial Universidad de Granada. 90-93



## 19. Los corzos de la «fuente de las habichuelas», en la Fresnedilla del Aguamula

Por Antonio Castillo (con textos de Juan Luis González-Ripoll)



El alto valle del Aguamula, junto al cortijo de la Fresnedilla y a los pies de las Banderillas, donde tuvieron lugar los hechos que se relatan (foto procedencia Antonio Castillo)

DURANTE MUCHOS siglos el corzo fue un habitante mas de estas sierras, igual que el oso, ya extinguidos. Entonces el clima era más frío y húmedo que el actual. Los boscosos y húmedos valles, recónditos e impenetrables, con fuertes roquedos por las cimas, fueron un lugar ideal para estas especies, y otras impensables, como el rebeco que también habitó en la Prehistoria estas sierras. El rebeco se extinguió hace mucho tiempo, el oso en el XIX, mientras que el corzo sobrevivió hasta la década de los 50 del pasado siglo.

Justo Cuadros fue un hombre que marcó época en la sierra de Cazorla. Descendiente de una larga estirpe de serranos, fue primero cazador furtivo y luego guarda mayor, y uno de los mejores conocedores de la Sierra cuando los ingenieros daban forma al Coto Nacional. Sus relatos, algo *salpimentados* (exagerados), conociendo la personalidad de Justo, fueron hábilmente recogidos en el libro *Narraciones de caza mayor en Cazorla*, de González-Ripoll.

De ese libro he entresacado una historia de caza de Justo que tiene que ver con las fuentes y los hortales. Lo anecdótico y excepcional de este relato es que los animales protagonistas fueron precisamente corzos.

Durante mucho tiempo, la Sierra se convirtió en un refugio de subsistencia, con gentes de muy variado tipo y oficio, que tras duro penar solo alcanzaban para vivir. Eran años de ganadería y de juntar, rebuscar y rebañar todo lo que podía dar el monte, antes de que el Estado entrara a administrar a pie de campo con ingenieros, guardería y *civiles* aquellos territorios. De esta forma, uno de los complementos imprescindibles de cada cortijo era la huerta, para la que no se desperdiciaba un buen pedazo de tierra que pudiera rozarse, roturarse y ser regado por un manantial. Por umbrías, navas y valles se desperdigaban pequeñas huertas de panizo, patatas, hortalizas y habichuelas, primorosamente cuidadas, regadas y bardadas. Y en los sitios más recónditos, el cultivo de tabaco para el consumo propio y el bien pagado estraperlo. Pero no era solo arreglar las aguas, hacer balsillas y acequias, preparar la tierra, sembrar y regar, además había que proteger esos pequeños oasis de verdor del diente del ganado, entonces muy abundante, y de los escasos bichos montunos que aún quedaban en la Sierra, levantando una muralla de aulagas, espinos y zarzas.

Las reses constituían un suplemento alimenticio muy codiciado, que era aprovechado, cada vez que se presentaba la más mínima ocasión. Apenas unas cabras monteses resabiadas y empyotadas en los contrafuertes más ásperos de la Sierra, que no bajaban a las huertas, algún jabalí (que luego desaparecerían) y unas cuantas parejas de corzos en las umbrías más espesas y húmedas de las caídas del Guadalquivir. Entre ellas, las de Guadahornillos, Roblehondo, y las Malezas de Santiago y de las Campa-

nas, en los valles de los ríos Borosa y Aguamula, zonas que debieron ser muy oseras también en su tiempo.

Esos últimos corzos fueron precisamente los inquilinos de algunos de los hortales que allí se criaron, levantados por los habitantes del Mulón, Roblehondo o la Fresnedilla. La exquisitez de sus bocados y su increíble elasticidad para brincar los altos cercados de los huertecillos hacían posible, aunque extraordinaria, su presencia junto a los cultivos.

Se establecía así una desigual lucha entre el hombre y el animal. Las fuentes, balsillas, regueros y hortales fueron escenario de muchas historias de aguardos, trampas y argucias entre el agricultor, que intentaba defender lo suyo, criado con tantos penares, y el animal, que por puro instinto se sentía irremediabilmente atraído por unos ricos manjares, que tan bien olían desde lejos. Pero dejemos que Justo Cuadros, allá por los años 40 del siglo pasado, antes de reconvertirse de furtivo a guarda, nos cuente, de la mano de González-Ripoll, lo que ocurrió en uno de estos lugares.

«A media hora escasa de la Fresnedilla del Aguamula...habíamos apañado un huertecete, aprovechando el agua de una fuente...y teníamos plantada un haza de habichuelas, y eso les gusta mucho a los corzos. Aunque el huerto estaba muy bien bardado, con unas bardas tan altas como el sombrero, yo había visto rastros y echíos de una pareja de corzos, de haber entrado a comerlas por la noche. Y aquello no había manera de evitarlo, como no fuera estarse allí de vigilancia.

»Pues, por un lado estaba el daño que hacían en las habichuelas, y por otro, que a mí no hay nada que coma con más gusto que una pierna de corzo, como sabía ponerla mi madre, con orégano y mucha cebolla. De manera que juntando el gusto de cazar, el de comer y, de paso, guardar las habichuelas, no fue preciso que nadie me empujara a hacer lo que hice, que fue montarles un aguardo a los corzos...Esto era por el mes de mayo...Yo sabía que los corzos, si venían, probablemente entrarían a última hora de la noche...y por eso les tenía puesto a los cañones unas orejillas de cartulina blanca...

»Cuando menos lo esperaba, sentí un golpe seco...ya lo tenemos dentro del huerto me dije. Muy despacito comprobé que tenía bien amartillados los perrillos de la escopeta...Al poco rato, ¡plum!, otro golpe, y era que brincaban las bardas del huerto y se habían brincado los dos corzos. Yo ...con la escopeta enfilando los portillos, y fijo allí cuando le veo a uno blanquear el culo: tienen el culo todo blanco, y andando el animal entre las habichuelas, dio la vuelta y me enseñó el culo.

»No hice más que pegar la cara a la culata y...¡poon!, le pego el zumbido, y al momento de crujir el tiro me voy con el cañón izquierdo, que le tenía puesto un cartucho de postas, a guardar la huida por los portillos, y al ver traslucir el culo del otro en el momento de brincar las bardas, ¡poon!, y se hizo el silencio...En la ladera de enfrente, al otro lado del río, había un cortijillo de uno que le decían Tío Toriles...Los junté y los destripé a los dos, sin desollarles ni cortarles la cabeza, y luego me lavé las manos en la fuente. Yo tenía un camino secreto para volver a mi casa y no temía que nadie me viera. De manera que, hale, con los dos corzos al lomo, y los hice buenos en la Fresnedilla».

Extracto reproducido de Juan Luis González-Ripoll, *Narraciones de caza mayor en Ca-zorla*, 1985

*El hombre necesita matar para comer. No hay que engañarse. Como todos los animales, obtenemos la energía y los materiales que componen nuestro cuerpo a base de consumir los tejidos de otros seres vivos, ya sean plantas o animales...El problema surge cuando en vez de «ordeñar» prudentemente esos recursos, nos comemos la fuente que los produce*

MIGUEL DELIBES DE CASTRO

